

UN NUEVO PROCESO A SOCRATES

por el Académico DR. JORGE A. AJA ESPIL

Grande es mi reconocimiento a los señores miembros de esta ilustre Academia de Ciencias Morales y Políticas por haberme acogido en su seno, honrosa distinción que bien quisiera merecer.

La dignidad que se me otorga en esta velada, tiene para mí especial significación por la feliz circunstancia de encontrarse presidiendo esta Institución el doctor Alejandro Lastra, puerta abierta al mundo de la cordialidad y del fervor cívico, remozando así un afecto nacido hace muchos años, en el Directorio del Colegio de Abogados.

Igual que al Presidente, agradezco a mis entrañables amigos Héctor Lanfranco, Pedro J. Frías y Roberto Repetto, a quienes debo la espontánea ocurrencia de sugerir mi nombre para integrar esta Corporación, como también a todos los académicos que avalaron la propuesta. Dicha deuda se acrecienta con los benévolos elogios que acaba de prodigarme Repetto en su discurso de recepción.

Él ha removido, de muy hondo, lejanos recuerdos y quedo obligado por sus palabras. Confieso, sin embargo, que me resulta difícil hacer protestas de modestia, puesto que, como es sabido, en el momento mismo que quien, sin rubor alguno, afirma serlo, es porque ya no lo es más.

Sin duda que seduce, a quien cruza el umbral de la Academia, la posibilidad de confraternizar, entre polémicas y lecturas, con los hombres de pensamiento aquí convocados por un idéntico designio. Tengo para mí, que cada incorporación de un nuevo académico vale tanto como el

milagro de Ulises en el poema de Homero: con una gota de sangre volvía a dar vida a las augustas sombras de sus héroes. Con nuestra evocación, también damos renovada vida a los esclarecidos miembros que brillaron en ésta, la Casa de las Academias. Y entonces, los recintos callados vuelven a poblarse con sus palabras prudentes, con sus ideas profundas. . .

Soy el segundo, desde la fundación de esta eminente Corporación, que tiene el honor de ocupar el sitial tutelado por el nombre y la memoria de Joaquín V. González. Quien naciera hace 120 años, en Nonogasta, La Rioja, tocado por singular talento, configuró una personalidad inmensa y múltiple: catedrático, legislador, poeta, jurista, historiador, diplomático, académico, estadista. La genialidad de su obra le ha otorgado una fuerza tal, que penetra en lo hondo de nuestra contemporaneidad. Ahí está, como ejemplo, su manuscrito fechado el 25 de mayo de 1910, año del Centenario, y que tituló *El juicio del siglo*. Allí nos recuerda la ley fatal de la discordia y de la guerra civil, que inspira al escenario trágico de nuestra historia y que parece arrastrarnos a la crisis total de nuestro ser nacional. Diez años después, un nuevo escrito augural, *La Patria Blanca*, del que extraigo este párrafo: “Entre todas las sociedades humanas no ha de existir una más perseguida por la fatalidad que la nuestra: por esa fatalidad que presidía los pasos de los personajes de la tragedia esquiliana, y que sólo es algún rasgo vital de la raza que ningún dios pudo vencer”.

Antes de cerrar el círculo de la evocación de este humanista, que sembró sobre las huellas de Sarmiento y Alberdi, recuerdo que, al conmemorarse el centenario de su nacimiento, hace ya veinte años, me tocó en suerte disertar en el homenaje que le brindó el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires. Entonces, como en esta tarde, presidía el acto Alejandro Lastra, y en esta tarde, como entonces, quiero memorar el presagio con que él, Presidente del Centro de Estudiantes de Derecho, despidió los restos del gran riojano, en un distante diciembre de 1923: “Y afirmamos —dijo el joven Lastra— que en un futuro no lejano, vivirá, y vivirá con nuevo esplendor, pues su nombre ha de ser tallado en las tablas de América como ejemplo de varón de digna prestancia (. . .) porque viviendo en

tiempos menguados supo hacer de la vida una blanca ejecutoria de su ideal y su virtud”.

Adolfo Lanús, de quien ustedes, señores académicos, han querido que fuera el sucesor inmediato, fue también admirador y devoto del poeta de *Mis Montañas*. Enlazado como éste, con la generación del 80, la fuerza telúrica de su solar riojano le inspiró una sana pasión por la “Patria grande”, por la “Patria fuerte” que anhelaba Lugones. Por ello abrazó la política y el periodismo, que fueron su vocación y su destino. Desempeñó cargos de alta jerarquía en la vida del país, tales como gobernador de La Rioja, diputado nacional, secretario de prensa de la Revolución Libertadora, embajador en el Uruguay y ministro de Defensa, todos ellos con honor y eficiencia. Hombre de vastos saberes, marcó una época con su trayectoria periodística, cumplida a lo largo de medio siglo en “La Prensa” y dejó en esta Academia el ejemplo de su conducta.

Señor Presidente, queda atrás la primera parte del rito académico y entro ahora a cumplir la condición última para lograr mi entera categoría de Miembro Académico.

El tema escogido para esta sesión protocolar, que he titulado “Un nuevo proceso a Sócrates”, no ha dejado de extrañar a alguno de mis distinguidos colegas. No se me escapa lo fatigoso que un discurso académico puede resultar para la benevolente audiencia, máxime si el recipiendario decide hablarnos de personajes antiguos y lejanos como si fueran contemporáneos. Además, el grave riesgo de que en ese desandar de la historia desemboquemos en la oscuridad, como aquel soldado que creía haber andado toda la noche y a quien el alba sorprendió marcando el paso en el mismo lugar.

Pero no estiremos más la intriga y descorramos el velo.

En la antigua Grecia vivían los atenienses la plácida seguridad de las creencias y de las instituciones tradicionales, cuando la curiosidad de los primeros pensadores por conocer las causas del universo, abrió el camino de la duda. Filósofos, para los griegos, eran los que tenían una actitud interrogante ante los misterios de la vida, y por esto sufrieron persecuciones, de las cuales, la que llevó a Sócrates a beber la cicuta es la más conocida.

De la Atenas de Pericles, de aquellos cincuenta años de la más pura democracia ateniense (480 a 430 antes de J. C.) nació una civilización superior, que hoy denominamos el “espíritu de occidente”.

Sobre la vida y la obra de Sócrates, hay una interpretación favorable y otra adversa. Jenofonte y Platón presentan un Sócrates ejemplar, mientras que Aristófanes, rencoroso y reaccionario, lo hace blanco de sus burlas.

Sabido es que Sócrates, nacido en el año 469 antes de J. C., en un suburbio pobre de Atenas, es el pensador más trascendental que surgió del florecimiento del genio helénico. Hombre íntegro y soldado valiente, no quiso cuidarse de la política. Con gran altura de miras, enseñaba la diferencia entre el bien y el mal y proclamaba la inmortalidad del alma. Todos los principios esgrimidos por los filósofos griegos posteriores, tienen origen en sus enseñanzas, siendo su verdadero discípulo Platón, fundador de la Academia. El mayor legado de Sócrates es el haber inspirado un cenáculo de hombres eminentes, de maestros y discípulos, hermanados por una comunidad espiritual en los diferentes campos del saber.

El carácter hiriente e indomable de Sócrates, le creó un sinnúmero de enemistades. Si su fealdad grotesca chocaba a un pueblo enamorado de lo bello, su dialéctica no le iba a la zaga, pues tejía, malla por malla, una serie de preguntas que reducían al absurdo las respuestas del interlocutor, dejándolo convicto de ignorancia.

Desobedeció, con igual independencia de criterio, tanto las órdenes del régimen de los treinta tiranos que diezmaron a la docta Atenas, como a las exigencias de la vacilante democracia que sucedió a la tiranía. Sin embargo, la amnistía, es decir el olvido de las injurias, votada por los atenienses, lo ponía a cubierto del eventual revanchismo.

Los diálogos socráticos de Platón permiten reconstruir, en términos grandiosos, la vida de nuestro personaje y su obra. La causa real de la condena, al decir de Platón, fue el cargo de haber echado mano de los mismos artilugios que utilizaban los sofistas, o sea “en enderezar malas razones para que resulten excelentes y enseñar a otros a hacer lo mismo”; es decir, un sofisma, o sea un argumento aparente con el que se quiere defender un razonamiento falaz.

Recordemos que los sofistas fueron críticos burlescos, que florecieron en el siglo V antes de J.C. y pusieron en tela de juicio las gravitantes instituciones de la ciudad griega. Enseñaban, previa paga, el arte de engarzar argumentos, de dudar ante la evidencia y de probar que alguna mentira no era tal. Lo sensible es que estas enseñanzas hicieron escuela rápidamente, y más sensible aun, que ellas hayan proliferado por demás en nuestra sociedad contemporánea.

Sin embargo hubo distancia entre los sofistas y Sócrates, pues mientras aquellos entendían que la política se hacía sin sujetarse a principios y acomodándose a las circunstancias, el filósofo derivó la política del conocimiento teórico y la encuadró dentro de la conducta moral. Como dice Antonio Tovar (*Vida de Sócrates*, "Revista de Occidente", 1947): "El freno que Sócrates intentó poner a la razón, que en su época hacía su entrada triunfal y definitiva en Atenas, es la medida de su genio".

Sócrates no niega los dioses de su Atenas, sino que los desplaza del centro al último confín. Divulga la existencia de una divinidad que prevalece sobre el politeísmo y la llama "la voz de la conciencia". Sócrates no tenía ojos para ver que las divinidades homéricas eran tan reales para sus ciudadanos como las verdades cotidianas que ocurrían a su alrededor. Al querer moralizar la religión heroica de Atenas, rozó los sentimientos populares y la impiedad de Sócrates fue el otro crimen que se le imputó.

El texto de la acusación contra Sócrates, conservado por Diógenes Laercio (*Vidas, opiniones y sentencias*, vol. I, p. 111), no exhibe motivos políticos, pues desde entonces hasta nuestros días, el disimularlos parece ser la regla de oro de los jueces. En cambio, sí fueron políticos los motivos que influyeron en el ánimo del tribunal de los 500 Helias, designados por la suerte entre los ciudadanos atenienses.

J. Burnet (*Greek Philosophy from Tales to Plato*, p. 182), a través de una muy documentada investigación, prueba que la causa decisiva de la condena de Sócrates fue política. El factor político influyó más en el jurado que las pullas socráticas a los dioses tutelares y que la acusación de personificar a los sofistas. ¡Es que Atenas se había endurecido y echaba al pasado la culpa de todo!

Sócrates, el educador y el filósofo, resultó el blanco al que se dirigió la exasperación de una democracia recién restaurada que no lograba acertar con su camino.

A la hora de resolver, los jueces discreparon. La mayoría del jurado le fue adversa y de los 500 ciudadanos-jueces, 281 votaron por su condena. Sin duda, más de uno votó contra su conciencia, apremiado por las circunstancias políticas, por lo que hoy llamamos presión política.

Sócrates y sus discípulos examinaron la sentencia de muerte y convinieron en que era injusta, no porque la ley en que se fundara lo fuera, sino porque los hechos atribuidos eran falsos o habían sido erróneamente calificados. El punto crucial de la discusión era precisar el motivo del proceso y el fundamento de la condena. Apremiado a la fuga por sus discípulos, el maestro la rechaza con razones en favor del orden de la sociedad. “Aunque la fortuna me sea adversa —argumenta el filósofo condenado— no puedo abandonar las máximas de que siempre he hecho profesión”.

“Si la muerte es la separación del alma y el cuerpo —razonaba nuestro protagonista— entonces son sólo los filósofos los que la desean, desde que cultivar la filosofía consiste en separar aquélla (el alma) de éste (el cuerpo)”.

En el umbral de la muerte Sócrates enseña a sus discípulos: “Si mueres, morirás víctima de la injusticia, no de las leyes de los hombres; si sales de aquí vergonzosamente, devolviendo injusticia por injusticia, mal por mal, te dañarás a ti mismo, a tus amigos y a tu patria”. Sócrates no invocó en ningún momento el recurso de la equidad ni recordó su heroicidad en el campo de batalla, para hacer valer una pena menor o la absolución. Como lo señala R. Galindo Pohl (*Guión histórico de la Ciencia del Derecho*, p. 143 y ss.), los hechos que movían a la clemencia eran los mismos en el caso de Sófocles que en el de Sócrates, pero los hombres encargados de juzgarlos tenían mentalidades diferentes.

Es conocida la bella y patética escena de su muerte, descrita magistralmente en el *Fedón* platónico. En una prisión de Atenas, rodeado de sus amigos y discurriendo —como acabamos de ver— acerca del problema de la muerte y de la inmortalidad del alma, recibió de manos del verdugo el fatal brebaje y, serenamente, sin temblar ni

alterársele el rostro, aplicó la copa a los labios y apuró la bebida. El gesto de Sócrates al beber la cicuta fue un acto de protesta, de dignidad, frente a quienes querían humillarlo. Su autoridad ante sus discípulos representaba para él toda la existencia de su moral. Si la muerte digna ennoblecía la vida, Sócrates afirmó su mensaje con el ejemplo, doblando el instinto de vivir al respeto a la ley. La historia, que no yerra en su juicio final, le dio la razón.

Sócrates se apegó a la seguridad y estimó tan necesario el cumplimiento de la ley, que fue indulgente con el error judicial. A la seguridad jurídica subordinó la justicia y, por ende, alteró el orden de los valores jurídicos. Dejó, para todos los tiempos, un interrogante que ha movido a meditar a los pensadores, juristas y literatos: el entuerto de la sentencia injusta.

Hasta aquí hemos recordado el proceso a Sócrates dentro de los límites y las circunstancias de su época. Se ha dicho que no es crucial llegar a saber quién fue Sócrates, sino, por el contrario, quién es; en otras palabras, que lo histórico cede ante su mensaje a la posteridad.

Santo Tomás, al evocar la tragedia socrática, se pregunta, y nosotros con él, si una sentencia injusta debe aceptarse o no. Tras examinar el proceso y la condena de Sócrates a la luz de la doctrina de la ley natural, concluye que un hombre condenado justamente a muerte debe someterse al castigo, pero que si la sentencia es injusta debe resistirla y aun, legítimamente, intentar la fuga (*Summa Teológica*, segunda parte de la II^a. parte, cuestión 69). Es lo mismo que percibiera Aristóteles, cuando, a la muerte de Alejandro, se ve urgido a abandonar el Liceo y huir de la ciudad. “No dejaré a Atenas pecar dos veces contra la Filosofía”, dice con humor y con el pensamiento puesto en la cicuta. Son dos antípodas de Sócrates que convergen, sin embargo, en el altísimo culto a los valores morales.

Por el contrario un jusfilósofo como Gustavo Radbruch (Gustav Radbruch, *Filosofia do Direito*, trad. de Cabral de Moncada, 2^a ed., pp. 121-123), deja intacta la cuestión y toma partido por el dramático final que acepta Sócrates. A propósito de los jueces que se ven obligados a aplicar la ley injusta, el filósofo alemán recuerda a Sócrates y nos dice: “este ‘sacrificium intellectus’, esta entrega in-

condicional de la propia personalidad a un determinado 'orden jurídico' cuyas futuras transformaciones no se pueden siquiera adivinar, son moralmente posibles". Y avanzando aun más en su fidelidad a la norma legal, a pesar de reconocer que un hombre justo vale más que un hombre de ley, Radbruch no vacila en afirmar que "quien se somete al orden de la ley, aun dejando de servir a la justicia, continuará sirviendo a la seguridad jurídica". Empero, hoy sabemos que hay una segunda actitud del célebre filósofo del derecho, según nos informó Luis C. Cabral en su aplaudida conferencia de incorporación, como es el viraje final en favor de la idea de un derecho superior a la ley positiva (Anales de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, tomo XII).

Pero retomemos ahora el hilo inicial de nuestra disertación.

Muchas versiones sobre el proceso a Sócrates se han intentado, así como nuevos aportes éticos a la interpretación de la tragedia. Nos anoticia Sara Gallardo, apta como nadie para informar, a fuer de viajera incansable, que este año, un actor italiano, Renzo Giovanpietro, llevó a escena un *Proceso a Sócrates* tomado de los diálogos de Platón y armado por el escritor Giorgio Prósperi. En esta evocación teatral se logran notas dramáticas que hacen tambalear el secular pedestal del maestro ateniense. Para Prósperi se trató de un juicio montado sólo para atemorizar a Sócrates y obligarlo a elegir el exilio. Pero, a la hora en que la razón política y la razón moral se hacen incompatibles, el hombre cabal no acepta confiar su destino a una trampa ("El Proceso a Sócrates", "La Nación", 31 de marzo de 1984). Sócrates, el hombre íntegro, opta por la muerte, porque de hacerlo por la vida, entonces sí, su dios hubiera muerto.

En este derrotero revisionista, sería frívolo quedarse con las emociones del arte escénico. Abandonemos a Clío (la Historia) y volvamos a Temis (la Justicia).

El año pasado, a iniciativa de un brillante e ingenioso columnista de la prensa norteamericana, Izzy F. Stone, tuvo lugar en las viejas aulas de Georgetown, una de las más prestigiosas universidades de los Estados Unidos, una nueva reconstrucción del juicio a Sócrates ("Washington Post", marzo de 1983).

Stone, motivado por esa especie de irritación política que caracteriza a los pensadores radicalizados, acusó a Sócrates del ominoso crimen de despreciar la democracia y de ser, tanto él como su discípulo Platón, intolerables elitistas. Si la democracia ateniense —sostuvo Stone— fue la que condenó al filósofo griego, entonces en modo alguno debe discutirse el fallo, ni admitir que se lo tache de injusto. O sea, *vox populi, vox dei* sin contemplación.

La defensa de Sócrates, asumida por otro brillante intelectual, Conor Cruce O'Brien, editor del "London Observer", desarrolló una vigorosa disección de aquella democracia griega, utilizando para ello la misma maraña de pelos y de contras del viejo maestro.

Veamos ahora el texto, las palabras, que se vertieron en dicha ocasión en apoyo del filósofo: "Si el pueblo que condenó a Sócrates era un pueblo democrático, ¿por qué, entonces, siendo éste un demócrata en las condiciones de la Atenas de su tiempo, fue condenado?; y si los demócratas atenienses eran aquella clase de pueblo que estaba pronta a condenar a Sócrates porque no les gustaba lo que éste pensaba o enseñaba, ¿cómo entonces, Sócrates o cualquier persona como él, que valoraba la libertad de pensamiento y expresión, podía ser un demócrata ateniense?; y si Atenas era tan liberal y alababa los ejercicios intelectuales, ¿cómo ofrece el espectáculo más opuesto a la sociedad luminosa que reflejan los mármoles del Partenón?"

Es fácil advertir que la defensa echa mano del mejor estilo socrático dejando que la esgrima del razonamiento tome el sitio de los hechos y del derecho. Pero lo que impresiona sobre todo, del debate que nos ocupa, es que uno de los intelectuales más respetados en los círculos eruditos de Washington, como lo es Izzy Stone, abomine del concepto "elitista" con el mismo desenfado con que lo habría hecho un vulgar demagogo de izquierda o de derecha. Sugerir que la democracia es intrínsecamente antielitista, así a secas, es tanto como hacer circular una palabra hueca, que es lo mismo que no decir nada.

Con esta estrechez de mira, Stone cambia el secular proceso a Sócrates por un enjuiciamiento a las "élites". Mediante esta voltereta temática, aleja al fantasmal Sócrates de la escena y sienta en el banquillo de los acusados

a todo pensador o filósofo que no tenga la bendición popular. Desde este punto de vista, lo viviente de Sócrates, o en todo caso lo sobreviviente, sería su elitismo, que transmitido a sus discípulos y a las academias, ocasionaría grave mal a las democracias.

Se genera así un evidente paralelismo entre el enjuiciamiento a los valores sustentados por Sócrates y el enjuiciamiento a los valores gravitantes de los círculos académicos. Fue aquél, en la historia del hombre, quien hizo la primera declaración del humanismo cuando, dirigiéndose a sus jueces, les dijo: "Atenienses, mi reputación se debe a cierta sabiduría que hay en mí". Esa sabiduría se revela, no sólo en la madurez y proyección del hombre intelectual sino en las entidades culturales que, dotadas de alma, también tienen vocación de inmortalidad.

Pero, ¿cabe admitir que la elevación del espíritu, individual o colectivo, roce el noble sentimiento democrático? Rotundamente no. Lo que la democracia repudia, sí, es toda forma falsa de discriminación a través de supuestas superioridades que nieguen la justicia o la dignidad humana.

Y bien, saturados ya de citas socráticas, lo que nos resta es pensar y reflexionar sobre este nuevo crimen capital, atribuido al filósofo ateniense y cuyas secuelas parecen estirarse hasta nuestros días. ¿En qué consiste el elitismo? Si hubiera de condensarse su quintaesencia en una sola frase habría que resumirla en la muy castiza "flor y nata" de nuestro idioma. Es imprescindible aclarar los conceptos. Nos engañamos frecuentemente con las personas pero debemos precavernos, también, de las palabras. Y más ahora en que los tradicionales términos soeces han alcanzado el rango de vocablos respetables, para ser sustituidos por nuevos epítetos, tales como elitista o racista, que resultan, a la postre, más agraviantes que el recuerdo airado de algún familiar próximo.

Quien primero acuñó el término "élite" fue Vilfredo Pareto (1921), para referirse a los grupos selectos llamados a remozar la vida democrática de la península itálica. Empero, Gaetano Mosca le dio una connotación opuesta, que le vino como anillo al dedo al fascismo, permitiendo que un grupo de iluminados renegaran de la democracia como forma de vida y de gobierno.

En este punto debo acudir al doloroso recuerdo de quien fuera, hasta ayer no más, nuestro colega en esta Academia. Veo y oigo otra vez, al inolvidable Jorge García Venturini, artífice del pensamiento en obras fundamentales, explicando el justo sentido del término “élite”. Nos enseña que el elitismo tiene dos vertientes: una, de concepción totalitaria, que considera al poder, a la tarea política y a la cosa pública, como una propiedad personal; otra, de inspiración liberal, definidamente antitotalitaria, que no desprecia a las mayorías ni a los parlamentos. Este elitismo —agrega García Venturini— no es antidemocrático pues estima que las “élites” deben estar al servicio de todos, del bien común. La “élite” —concluye— es un conjunto de seres probos, intelectualmente aptos, justos, honestos, capaces (“Somos”, 1-XII-78, pág. 19).

Había que recitar estos textos para poner de manifiesto cómo la acusación de Izzy Stone brota de una equivocada y desoladora visión del elitismo. No se trata de ensalzar la aristocracia ni las falsas minorías supuestamente ilustradas, como bien lo pondera Ortega y Gasset al aclarar el alcance del concepto. “Cuando se habla de ‘minorías selectas’ —dice el filósofo español— la habitual bellaquería suele tergiversar el sentido de esta expresión, fingiendo ignorar que el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que exige más de los demás” (*La rebelión de las masas*).

La obsesión mezquina del antielitismo, de que hace gala el ideólogo radicalizado, consiste en menospreciar el valor de la persona individual para exaltar el vigor de las masas. Sin duda que se incurre en un lamentable error cuando se socava del término “élite” todo contenido cultural, y se lo reserva exclusivamente para referirlo a grupos políticos o clases sociales que tengan privilegios injustos. El pueblo, como suma de individualidades que es, ayuda a la formación de unas “élites” amplias que dan sustento a las democracias, mientras que las masas, como disgregación, se convierten en el instrumento dócil de la demagogia, desprovistas de fuerza espiritual.

El hombre superior, el auténtico intelectual, el artista, en una palabra la “élite” cultural, trabaja más por amor a la obra que por el rédito material que su obra le devengue.

Hay, no cabe duda, un ansia de inmortalidad histórica, que todo creador lleva en su alma y que sólo la singularidad de su obra se encargará de otorgarle. Pero, aun así, la obra cultural se desprende de su creador y sigue su propia vida, su propia resonancia.

La aversión al elitismo, que no se define pero se execra, es el amargo veneno que bebió Sócrates. Veinticinco centurias se han amontonado desde entonces y muchos y dolorosos han sido los procesos socráticos que han azotado al mundo. La cicuta, después de Sócrates, ha seguido haciendo de las suyas.

Así, el manido argumento de que las academias son instrumentos de las minorías selectas, y por ende antidemocráticas, es el mismo con que hoy se condena la memoria de Sócrates. También nuestras academias nacionales sufrieron el tósigo de la muerte y dejaron de existir, allá por el año 1952. Pero la inmortalidad académica produjo el milagro de la resurrección un 30 de noviembre de 1955, merced al apoyo vital de aquel gran ministro que creyó siempre en la dimensión trascendente del hombre y la cultura. Naturalmente me refiero a Atilio Dell'Oro Maini, cuyo recuerdo —al cumplirse los diez años de su muerte— he querido traer en el día de mi incorporación.

Señores académicos, señoras y señores: rematemos esta incursión a través de la crónica socrática formulándonos un último interrogante: ¿Qué significa Sócrates para la criatura humana de nuestros días?

Se ha afirmado que este rebelde de los dioses, es el modelo del hombre contemporáneo. A partir de él, el espíritu humano lucha por vivir libre e independiente. Sócrates sigue siendo actual, y no sólo para los filósofos de oficio, sino para todos los que quieren vivir inmunes al adocenamiento, para los que quieren ser moldeados por la cultura occidental o por la civilización atlántica, como la bautizara Malraux. Es así que en el hombre moderno resuena un eco lejano, el eco de la conciencia indemne a la fatiga de los siglos. El pasado y el presente se dan cita en el panteón socrático, cuna de nuestro espíritu cristiano.

Pero, señores académicos, es tiempo de que me detenga, he abusado demasiado de vuestra paciencia. Muchas gracias.